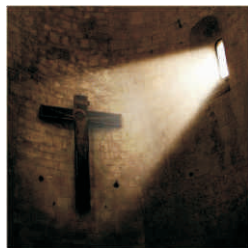


Los presidios eran sólidas construcciones que en tierras de indios levantaban los hombres que venían de España, habiendo pasado algunos por muchos pueblos antes de llegar aquí. Altas edificaciones de piedra y adobe que funcionaban como fortificaciones para evitar ataques de los naturales, que eran los verdaderos dueños del suelo que pisaban. Los llamados militares presidiales protegían a los misioneros, colonizadores y administradores de las invasiones y eran soldados muy bien entrenados, orgullosos de su origen y carrera marcial.

En Coahuila y Texas, fueron levantando esas construcciones y aún otras, tan importantes como aquellas, las famosas misiones desde donde evangelizaban e introducían las ideas del catolicismo. Dejamos de lado la leyenda negra que dice que hubo sangre, sometimiento, esclavitud y abusos mil en contra de los indios y nos ocuparemos únicamente de hablar de lo importante que debe ser el rescate de los vestigios de esas construcciones.



Las misiones tenían entonces el propósito de dar cabida a quienes se encargarían de cristianizar a los indígenas. Ellos, los naturales, no tenían siquiera noción de lo que era pueblo o comunidad. Se trataba de grupos aislados, muchos

integrados por una docena o un poco más de miembros que sobrevivían de la caza y la pesca, antes que formar comunidades agrícolas.

En las vastas tierras de San Pedro permanece la memoria del Zacatecano Jesuita Juan Agustín de Espinoza. Se dice que llegó en el año de 1598 a la región lagunera, de la que tanto había escuchado hablar, con el firme propósito de evangelizar a los naturales, acercarlos al conocimiento del cristianismo y participar en la dominación de cuerpos y almas para gloria de España.

Rodeado por ese halo de grandeza que da el paso del tiempo, que no siempre suele ser objetivo, realizó una descomunal tarea, según cuentan algunas crónicas, donde él solo atendía el inmenso territorio en el que vagaban muchas tribus, sometiéndoles sin más fuerza que la de la palabra y la profunda fe que le impulsaba, agobiado muchas veces por el clima, y las alimañas del desierto.

Se cree que a escasos tres años de su llegada a la región, ya había logrado la consolidación de la misión de San Pedro y Cerro de Santiago. El 25 de abril 1602 enfermó de gravedad y el 29 del mismo mes entregó el alma a su creador, habiendo dejado, según cuentan, casi concluido el gran proyecto de su vida: salvar a los cientos y miles de almas que creía que estaban en peligro de perderse.

El testimonio de su herencia espiritual debe permanecer aún en algún lugar, pero el testimonio de su herencia material, o sea la edificación de la misión es otra cosa. En este punto es importante recordar que en el estado

de Coahuila, lo mismo que en otros estados, los restos de las misiones aún subsisten. En algunos lugares han sido reconstruidas, restauradas desde sus basamentos y son orgullo de quienes habitan cerca de ellas. Algunos las han convertido en museos para mantener viva la memoria de los que participaron en aquellos momentos dignos de recordar y revisar. Espléndidos monumentos de adobe y maderas toscas, son fiel testimonio conservado con atención. Conscientes del gran valor histórico de esas construcciones, historiadores, cronistas, estudiantes y maestros, promueven visitas de nacionales y extranjeros, a esos sitios. Existen archivos de misiones y presidios en muchos lugares y Coahuila no es la excepción. Cualquiera puede ingresar a las páginas informativas del gobierno del estado que dan cuenta de mucha, variada y rica información sobre los hombres, los espacios y las construcciones.

En la capital de la república se realizan trabajos de museografía muy importantes relacionados con las misiones y los presidios. Nosotros tuvimos una de las más importantes misiones de la región, ¿sabes donde estuvo?

Tomando la carretera que va a Cuatrociénegas, pasando apenas la primera curva abandonando la ciudad, divisas a la izquierda el Cerro de Santiago. Tomas la entrada que lleva al Tanque de San Carlos y cuando lo hayas pasado, a unos cuantos metros, vas a encontrarte con una terrible, desagradable sorpresa. Ahí lo más cerca de donde estuvo la Misión de San Pedro, hay un enorme vertedero de basura que ocupa varios cientos de metros. Toneladas de basura arrojada irresponsablemente a cielo abierto, extendida en una enorme superficie, contaminando y envenenado el ambiente. Pequeños incendios repartidos en ese basural, animales muertos, moscas, animales carroñeros, inmundicias de lo peor y el aire arrastrando el humo pestilente y papeles sucios, bolsas de plástico y todo aquello que el sampetrino deshecha por inservible, todo, todo va a dar ahí. Formando un verdadero monumento en memoria de la Misión de San Pedro.

Así cuidamos nosotros nuestra historia, así la honramos y así pensamos mantenerla viva para las futuras generaciones. Tal vez haya quien piense que nuestra historia es eso: un basural.

Visítalo, sampetrino, conócelo, eso se piensa de nuestro pasado, del que muchos todavía seguimos sintiéndonos orgullosos.

